



Una reflexión navideña

por Juan Ferreira



La tradición de Belenes,
que tanto fascina
a niños y adultos,
es muy bonita.
Pero estas
representaciones
no guardan mucha
relación con la realidad.

En estos días, a nivel mundial se celebra un acto que cambió la historia de la humanidad en dos tiempos: el antes y el después de nacer Jesús. Los que estudiamos la palabra de Dios, sabemos que ese nacimiento no fue en diciembre ni que tampoco tan solo días después aparecieron los «reyes magos». Fue mucho más tiempo.

Muy bien, mi pregunta es: ¿Cuántas personas lo saben? ¿Qué posición debe tomar un verdadero cristiano en torno a esta situación? ¿Podemos acusar a la gente por su ignorancia? Debemos rechazar las celebraciones navideñas en nuestras iglesias?

Indiscutiblemente que esto es sólo una reflexión de mi parte pero a mi juicio si decimos ser cristianos,

debemos comportarnos como tales. ¿Y esto que significa? Pues imitar a nuestro señor Jesucristo. Veo en la palabra del Señor, cómo él se acercaba a los que no tenían conocimiento en vez de a los entendidos (fariseos). Él mostró su verdadero amor al buscar a las personas.

Y en estas fechas, aunque sea por una vez, el mundo entero habla de Jesús con ternura, con gozo (y cómo no, tristemente, con excesos). Pero creo que nuestro deber como pueblo suyo, es aprovechar esa oportunidad para hablarles a las personas sobre ese ser maravilloso que cambió nuestras vidas —que puso baile donde antes había amargura— esforzándonos más en predicar su amor en vez de condenar.

Dice en Colosenses 2,16: «Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo». Entonces, ¿por qué nos empeñamos en juzgar a los que la celebran o a los que no? Desde que conocí al Señor, en mi mente sólo ha existido una

meta: servirle a él, como él quiere y no como me convenga o como me lo indiquen los hombres. Por eso cuando veo alguna situación siempre me voy a la fuente, la Biblia, donde he conseguido todas mis respuestas. Como anabautista que soy, creo fielmente en su palabra. Y encontrar la frase «nadie te juzgue» me produce alegría.

Dios, me ha liberado. Nadie me puede juzgar. Soy libre. Pero lo más hermoso es que yo tampoco puedo juzgar a nadie. Y eso me impactó: por eso obedezco a la palabra del Señor y cumplo, sólo con informar a los que no conocen y a recordar a los que conocen, algo que encontré en el libro de Romanos 14,17: «Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu». Así que procuro ser justo, proclamar la paz, y demostrar el gozo que produce el estar lleno del Espíritu santo.

[Juan Ferreira es pastor de la iglesia Hermanos en Cristo en Tenerife.]

También en este número:

Simeón en el Templo	2
Al traducir los Salmos	3
Noticias de nuestras iglesias	6
Diccionario: superstición	8

Simeón en el Templo

por Julián Mellado

En la Biblia se encuentran relatos realmente entrañables, de una gran belleza y de una gran profundidad espiritual. No tratan de darnos meras informaciones de **lo que ocurrió** sino más bien tratan a menudo de desvelarnos **lo que sigue ocurriendo**.

Quisiera ilustrar esto último con una reflexión o meditación entorno a una historia de uno de los Evangelios. Se trata del encuentro de la sagrada familia con el anciano Simeón cuando fueron al Templo a presentar a Jesús al Señor.

Los relatos bíblicos están llenos de «encuentros» que rompen la normalidad del relato. No hay nada más normal que una pareja judía acudiese al Lugar Sagrado a presentar su vástago mediante una ofrenda (en este caso, la de los pobres). De pronto surge lo inesperado. Un anciano, Simeón, hombre justo, toma en brazos al niño y profiere unas extrañas palabras:

—Ahora Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación...Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel (Lc 2,29-31).

¡Qué palabras!

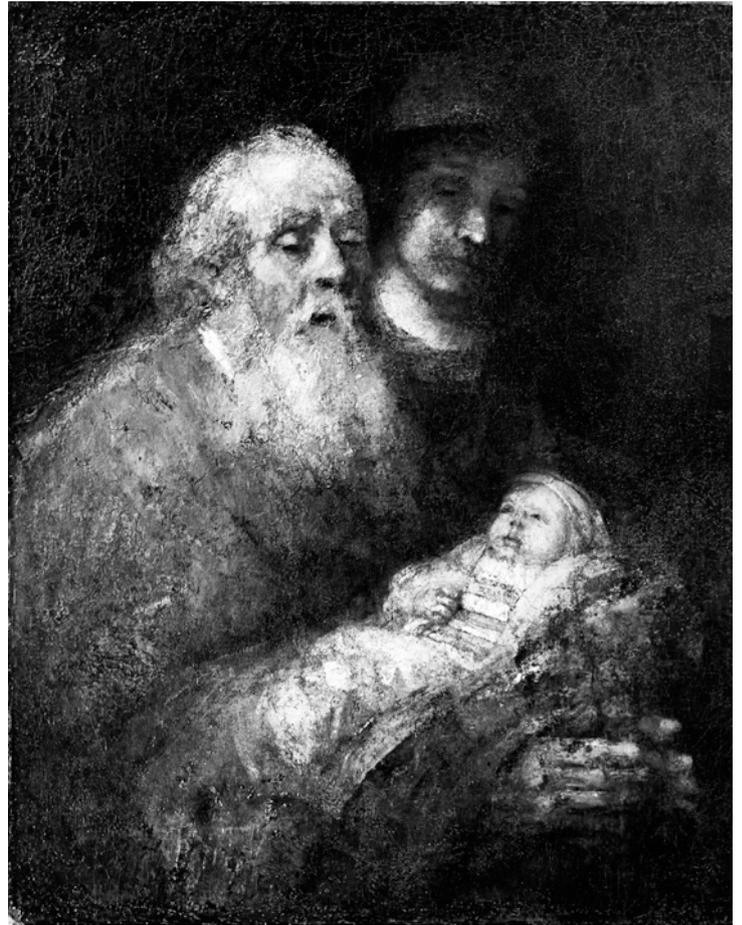
Se nos indica que Simeón «fue movido por el Espíritu» para que fuese ese día al Templo. Iba a reconocer a Aquel por el que tanto tiempo esperó. Dios rompía su silencio, o parte de su misterio, y el viejo creyente contemplaría la culminación de su vida. Vería al Mesías, y hasta deslumbraría el futuro del niño cuando se convirtiera en hombre. El niño no era como cualquier otro.

Un profundo misterio, un asombroso significado se revelaría en su persona (Lc 2,34,35). Y no pudo menos que revelárselo a la madre, aquella que «guardaba todas las cosas en su corazón».

¡Cuántas cosas podríamos decir de este texto!

Me gustaría simplemente proponer una pequeña reflexión:

Simeón en el Templo, cuadro de Rembrandt, pintor que se piensa que pudo ser menonita.



¿No vivimos a veces tiempos de insoportables silencios del Cielo? ¿Acaso no anhelamos «ver» que Dios irrumpa en nuestra realidad? Y al igual que muchos de los que iban al templo, contemplamos las cosas sin saber discernir los tiempos.

Simeón no fue alguien aventajado por su inteligencia o pericia. Fue **el Espíritu** quien le reveló que vería al Ungido. Lo que vio fue un niño indefenso en los brazos de su madre. Nada excepcional a simple vista. Pero supo discernir «quién» era.

Jesús no fue simplemente un hombre como nosotros. Para llegar a comprender su significado, necesitamos como Simeón ser movidos por el Espíritu. Solamente en esa dimensión de profundidad, en lo más hondo de la existencia, podemos oír esa voz que nos revela quién es ese Hombre. Creemos por una extraña convicción, imposible de explicar, de que él era y es Luz y Salvación.

Los investigadores estudian los aspectos históricos de Jesús de Nazaret. Soy un apasionado de esas investigaciones. Pero es como si nos ayudaran a saber «qué bebé coger en nuestros brazos». Ahora bien, si queremos llegar de verdad a comprender, debemos abrirnos a esa Guía misteriosa, extraña, sorprendente que nos susurra: «Has encontrado al Esperado». En el evangelio según Juan le llaman "La palabra de Dios". Como aquel anciano en el Templo, caemos en la cuenta de que en ese Hombre, Dios rompe el silencio, se hace presente y nos acompaña.

La clave del relato, clave de nuestras vidas, es ese enigmático **Espíritu**, presencia activa de Dios en nosotros, que nos lleva a **la conversión de la mirada**. Como le ocurrió a Simeón. Como te ocurre a ti... y a mí.

Al traducir los Salmos

por Dionisio Byler

En preparación para el cursillo de CTK sobre los Salmos y como manera de estudiar veinte de ellos, decidí realizar una traducción propia desde el hebreo. En el transcurso de ese ejercicio he vuelto a reflexionar sobre la cuestión de la traducción de la Biblia.

El fenómeno de los idiomas y sus diferencias

El ser humano nace con la habilidad de reconocer que los sonidos que emiten sus semejantes tienen sentido comunicativo. Durante los primeros años de vida, nos dedicamos con ahínco a desentrañar esos significados y aprender a expresarnos con el idioma de nuestro entorno social.

Sin embargo, aunque esta habilidad es universal e instintiva, cada idioma humano tiene su propia manera de comunicar las ideas. Tiene sus propias palabras, que no suelen ser intercambiables automáticamente con palabras de idéntico sentido en otros idiomas. Cada idioma tiene también sus propias reglas gramaticales y de sintaxis para la formación de las oraciones.

Esto significa que aunque cada unidad de pensamiento puede expresarse con una unidad de pensamiento análogo en todos los idiomas del mundo, esa equivalencia en muy pocas ocasiones será palabra por palabra y en el mismo orden exacto de las palabras.

Habrà más posibilidad de equivalencias exactas entre idiomas históricamente próximos: el castellano y el portugués o el catalán, por ejemplo; que entre idiomas más distantes: el castellano del siglo XXI y el latín que se hablaba en el territorio español hace dos mil años; o el castellano y el chino. En cuanto al hebreo bíblico, es una lengua asiática de hace miles de años. Un idioma lejano en geografía y en el tiempo, radicalmente diferente al castellano.

Luego también, cada lengua refleja, naturalmente, su propio entorno ecológico, político, social y cultural.



Todo el mundo habla y se entiende con sus semejantes. Aunque para entendernos entre personas de costumbres radicalmente diferentes, siempre serán necesarias muchas más explicaciones.

Pero los textos escritos no suelen traer esa clase de explicaciones necesarias para ser entendidos por gente de otra cultura diferente a la de sus autores.

El castellano, por ejemplo, incorpora muchísimos términos propios de la religión católica: «hablar en cristiano», por castellano; hacer algo en un «santiamén». Tiene también muchas palabras propias de nuestra tecnología presente: internet, móvil (con el significado de «teléfono»), microondas, quirófano, AVE (como medio de transporte).

La lengua hebrea nace en otra cultura, con otras tradiciones religiosas. Hay muchos versos en los salmos que cualquier cananeo de la tierra de Israel podía entender sin explicaciones, pero que para nosotros ya han dejado de tener el sentido que a los hebreos (y a sus contemporáneos) les parecía natural: «No hay dios como el dios de Israel, que cabalga sobre los cielos».

La lengua hebrea refleja la geografía, el clima, la flora y la fauna y los objetos cotidianos de su lugar y tiempo. Cuando la Biblia habla del territorio de la tribu de Zabulón como «tierra de sombra de muerte», nos imaginamos cualquier clase de maldición espiritual si no estamos enterados que en esa región había mucha agua

estancada, donde proliferaban los mosquitos *Anopheles* y por consiguiente, la malaria. La esperanza de vida era allí muy inferior al resto del territorio de Israel. Era, efectivamente, «tierra de sombra de muerte».

La Biblia habla con total naturalidad de tecnologías de explotación agraria que la inmensa mayoría de los cristianos hoy día, a una o varias generaciones de la vida rural, desconocemos del todo. Yo ya no sabría cómo uncir una yunta de bueyes para salir a arar en el campo. No sabría ni siquiera qué aperos son los necesarios. Muchos de los objetos que ellos manejaban nos son tan desconocidos, que aunque tienen su equivalente en castellano, ya no recordamos lo que eran: ¿Quién recuerda qué es un *bieldo*, qué es un *lagar*?

La relación entre palabra y realidad en el mundo hebreo

Para los hebreos y otros pueblos de su entorno, la palabra tenía una dimensión casi sobrenatural. La palabra y la realidad estaban estrechamente interrelacionadas, de manera que pronunciar determinadas palabras influía directamente en la realidad.

Conocer el nombre de alguien era tener poder sobre esa persona, porque su nombre se podía emplear para maldecirla, para pronosticarle males y desdichas. Con Moisés los hebreos aprenden el nombre del Señor, pero de inmediato reciben el mandamiento de no tomarlo en vano. Un mandamiento que se amplía en la tradición hasta el extremo de no pronunciarlo jamás. Se conoce pero no se pronuncia, porque pronunciar el nombre del Señor es en algún sentido ejercer una presión indebida sobre Dios mismo. Se recordará que en los evangelios, hasta Jesús dice a veces «el cielo» para no decir el nombre del Señor: «Reino de los cielos», por no querer decir «Reino de Jehová».

La maldición y bendición eran entonces conceptos importantísimos. Desearle una enfermedad a un enemigo en voz alta, era casi lo mismo que contagiarle esa enfermedad. Pero a la inversa, decir: «El Señor haga resplandecer sobre ti su rostro» era mucho más que un sentimiento bonito. Las propias palabras eran eficaces para conseguir el objetivo pronunciado. De ahí la importancia de los

pronunciamientos proféticos. Eran mucho más que un pronóstico de cosas que iban a suceder. El propio acto de pronunciarlos, era eficaz para hacer que se cumplieran. (O eso creían.)

Por eso la alabanza de Israel era importantísima. Si Israel no «engrandecía» (agrandaba) y «enaltecía» (subía hasta el cielo) y «glorificaba» (daba honor y fama y renombre) el Nombre del Señor, el Señor resultaba en algún sentido **menos** grande, **menos** elevado, **menos** glorioso. Es una idea que ofende nuestra sensibilidad religiosa, pero que explica por qué las alabanzas y la adoración eran tan esenciales para los salmistas. Si querían un Dios grande y poderoso y maravilloso, ellos mismos tenían que pronunciar palabras a esos efectos, palabras que hacían real y efectiva la realidad que declaraban.

[Hoy diríamos que Dios sería igual de glorioso aunque no lo alabásemos. Pero añadiríamos que si no lo alabamos, lo más probable es que se nos acabe olvidando su gloria, con resultados negativos para nuestro propio espíritu. Quien saldría perdiendo no sería Dios, sino nosotros. Pero no nos engañemos: no es así como lo entendían ellos hace miles de años y en aquel mundo. Ellos pensaban que de verdad estaban engrandeciendo, enalteciendo y dando gloria al Señor.]

Mi experiencia traduciendo poesía hebrea

En primer lugar, ha sido fascinante y extraordinariamente iluminante. Los salmos han saltado a la vida para mí como jamás lo habían hecho antes. Añadiría que la poesía es especialmente difícil de traducir, porque con inmensa economía de palabras, los poetas dibujan en pocos renglones todo un mundo de sentimientos.

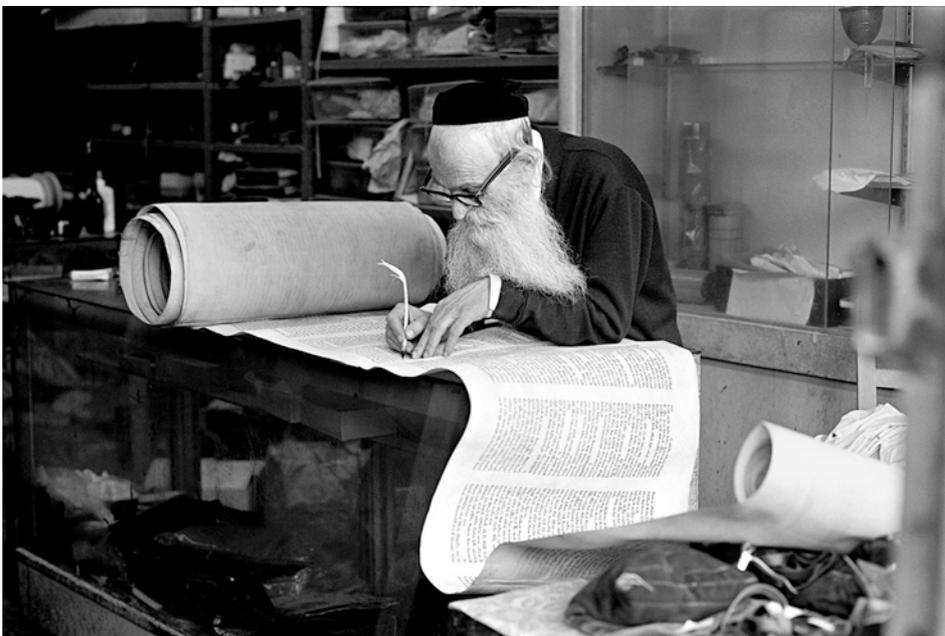
A veces he preferido traducir frases y versos enteros de una forma más o menos mecánica, dejando que nos choquen con todo su exotismo como algo extraño, extranjero, hondamente diferente a cómo pensamos nosotros, los españoles urbanos del siglo XXI. Otras veces he optado por expresiones mucho más «nuestras», intentando reproducir el estado de ánimo que pretendían infundir las palabras originales.

Como el tiempo de la acción de los verbos no es lo importante en los verbos hebreos, he experimentado muchas veces probando cómo suena la acción descrita por los salmos en el presente, el pasado y el futuro, hasta dar con un efecto que me parecía apropiado. Si se compara con otras traducciones, sin embargo, se verá que muchas veces pondrán la acción en otro tiempo que yo; y que comparando entre ellas, tampoco se ponen de acuerdo entre sí.

La interpretación: elemento indispensable de toda lectura

Todo acto de comunicación humana exige, paralelamente, un acto de interpretación.

El otro día le dije a mi esposa: «Necesitamos...» no me acuerdo qué cosa que había que comprar. Ella me respondió: «Vale, porque Rubén me ha pedido presupuesto de cosas que necesitamos para eventos». Como no entendí, empecé a pedirle explicaciones y poco a poco fui comprendiendo la lógica de su respuesta. Primero descubrí que entre los diversos «Rubén» que conocemos, se estaba refiriendo al tesorero de la iglesia. Como estamos a fin de año, ese Rubén quiere saber qué meter en el presupuesto que tiene que aprobar la asamblea de la iglesia en enero.



Connie es la responsable de organizar algunos eventos especiales y festividades. Para saber cuánto piensa que va a gastar en eso, tiene que ir a Carrefour y ver los precios. Cuando está en Carrefour, de paso, nos va a comprar eso que yo había dicho que necesitamos. Ella se estaba expresando con claridad. Pero yo no supe entenderla. No supe interpretar correctamente sus palabras.

No hay comunicación sin interpretación. Las palabras solas no valen nunca. Detrás de las palabras hay todo un mundo de cosas que no se dicen, porque se sobreentienden. Cuando los cerebros funcionan de diferente manera —como es habitual en un matrimonio— la comunicación se frustra. Cuando intentan entenderse una persona de campo y otra de ciudad, tendrán que explicarse mucho más que cuando hablan dos personas de un mismo entorno. Y no siempre se interpretará correctamente lo que se ha querido decir.

Para la comprensión, entonces, siempre es tanto y tal vez mucho más importante, **lo que no se dice** (porque se sobreentiende) que lo que sí. Mientras quien se expresa y quien procura entender sobreentiendan las mismas cosas, la comunicación funciona a las mil maravillas. Pero cuando no se sobreentienden las mismas cosas, se acumulan los errores y hasta la incompreensión total. En el matrimonio y también en la lectura de los Salmos.

Cuando un español del siglo XXI d.C. lee —aunque sea en hebreo— lo que puso un salmista de varios siglos a.C., una persona que jamás pudo imaginar el mundo en que vivimos nosotros y las presuposiciones sobre la vida y la existencia y nuestro entorno material y social, la exigencia de interpretación es mayúscula. Es posible que me esté enterando. También es posible que esté interpretando mal adónde han querido ir a parar esas palabras, aunque entienda el sentido de cada una de ellas. (Como puedo entender cada una de las palabras de mi esposa, y sin embargo no enterarme de lo que me está diciendo.)



Porque el salmista siempre ha dejado sin decir, infinidad de cosas más que las que sí ha escrito en el salmo.

Ninguna traducción de los Salmos —desde luego no las mías— puede ser nunca «neutral», entonces. Toda traducción va a ser ante todo una interpretación. A la vez que traducción de las palabras, será forzosamente una traducción de los pensamientos de una persona de la edad de hierro en el Medio Oriente, hace miles de años, a los pensamientos de una persona urbana occidental y moderna. Hay un abismo inmenso entre el salmista y yo. Tengo, por ejemplo, un modo de transporte personal capaz de llevarme a más de 100 km por hora —sin caballos— y llevo en el bolsillo un pequeño artilugio con el que puedo hablar con casi cualquier persona del planeta, con tan sólo pulsar una secuencia de 10-12 teclas. He hecho esfuerzos en el transcurso de estos últimos 45 años, por ir salvando ese abismo, mediante mis conocimientos y estudios. Pero no me hago ilusiones: Lo que ofrezco como traducción, es en realidad una interpretación muy personal.

Y esto es más o menos cierto respecto a cualquiera versión de la Biblia que se pueda emplear. La diferencia más importante no es el hecho de interpretación en sí, sino que en las Biblias impresas, al trabajar en comité y ponerse de acuerdo los diversos expertos, las excentricidades

de interpretación personal tenderán siempre a desaparecer. Mientras que una traducción puramente personal, como las mías, puede por eso mismo resultar tan única como lo será siempre cualquier interpretación personal de las palabras.

Un impacto inolvidable

Y sin embargo, a pesar de llegar hasta nosotros en otro idioma y mediante la interpretación de quienes nos los han traducido, los salmos nos afectan e impactan hondamente. Inciden maravillosamente en nuestra mente y sentimientos y espíritu y experiencia de Dios.

Tienen, hoy también, la capacidad de acercarnos a Dios, hacernos a nosotros también abrimos a Dios y contarle cómo vivimos esta vida que él nos ha dado, así como hicieron en la antigüedad los salmistas.

Noticias de nuestras iglesias



Coro de Madrid en EEUU

Madrid, otoño — Kara Kacmar, miembro de la iglesia de Hermanos en Cristo en Madrid, ha formado un coro que este verano hizo una gira en EE UU. Actuaron en iglesias HEC (y según se ve por la fotografía, en iglesias católicas también) en Pensilvania. El coro, que no tiene ninguna confesionalidad religiosa en particular, se sintió muy bien recibido por las

comunidades HEC donde se alojaron en EEUU. Ha sido, según cuentan, una experiencia inolvidable. Una experiencia no solamente intercultural por el desplazamiento a EE UU, sino tam-

bién intereclesial, por cuanto los miembros del coro pudieron experimentar de cerca algo de los valores y la vida de los HEC en primer lugar, luego también los menonitas y los amish de Pensilvania.

Sabemos que Kara y las iglesias HEC de Madrid habían estado orando mucho para que todo saliera bien. Nos unimos a ellos en declarar que una vez más Dios ha sido fiel.

Servicio en África

Barcelona, octubre — Todo el mes de octubre estuvimos (José Luis y Maribel, de Barcelona) en La Casa Grande, en Benín. Durante nuestra estancia convivimos con los niños, adolescentes, jóvenes y educadores. Una gran parte de nuestro tiempo la dedicamos a la formación de los educadores y profesores de la escuela, así como a pastores y líderes de iglesias de la región de Allada.

Algunos de los temas tratados fueron: Cómo manejar los conflictos,

vivir juntos con nuestras diferencias, curar las heridas de la vida, la relación de ayuda pastoral, el liderazgo y el trabajo en equipo.

Consideramos que tanto el tiempo de convivencia en la Casa Grande como las formaciones fueron un regalo del Señor. Es verdad que dimos mucho, pero lo que recibimos fue mucho mayor; por lo que damos gracias al Señor. Fue una experiencia inolvidable.



CTK cambia de nombre

Burgos, 25 noviembre — La Junta Directiva de CTK ha decidido un pequeño cambio en el nombre del Centro Teológico de nuestra agrupación de iglesias. Se conservarán, sin embargo, las mismas siglas.

El concepto de *kénosis* tiene un hondo significado teológico, al referirse a la disposición de Cristo a «vaciar» a sí mismo de la deidad y asumir la condición de un siervo entre la humanidad. Algunas personas, sin embargo, nos han indicado que en el griego moderno ese término ya no es teológico sino vulgar y malsonante. Como en esta Unión Europea del siglo XXI lo que hacemos a un extremo del Mediterráneo no pasa desapercibido en el otro extremo, hemos decidido adoptar otro término griego con «K» y también muy significado para la teología anabautista:

La *koinonía* es la comunión y comunidad de los creyentes en un grado tan realzado, que no es infrecuente ver esta palabra así, en griego sin traducir, para referirse a la comunión cristiana. En los dos años y medio de andadura que tenemos con CTK, hemos experimentado esto mismo en nuestros Encuentros mensuales con que culmina cada asignatura. Es aprender juntos, pero aprender dialogando e interactuando, con afecto fraternal y respeto por opiniones contrarias. Es también una intensa convivencia de un día, donde además de estrujar las neuronas, sabemos reír y sentirnos hondamente hermanados. Hacemos estudio de Biblia, teología y capacitación para el ministerio... en *koinonía*.

CTK es a partir de ahora, por consiguiente: *Centro Teológico Koinonía*.



MCC Europa

Barcelona, 29 noviembre — Un grupo de representante de los «Centros Menonitas» que existen en diferentes ciudades de Europa se reunieron en Barcelona para una reunión de todo el día sábado, 29 de noviembre. Convocados por MCC Europa, la reunión sirvió para escenificar la despedida de Jean-Victor y Annie Brosseau, de Canadá, que han sido los máximos representantes de MCC en Europa estos últimos años, y dar a la vez la bienvenida a Menno y Lydia Plett, también de Canadá, para asumir esa responsabilidad. MCC es la gran ONG internacional de las iglesias menonitas y afines, cuyas sedes principales están en EEUU y Canadá.

De España acudió Dionisio Byler, acompañado por su esposa Connie, en representación de CTK; pero también hubo una amplia representación de la Iglesia Menonita de Barcelona. David Becerra, de Barcelona, presidió las reuniones.

Las primeras horas se dedicaron a informar mutuamente sobre las diversas actividades de los diferentes Centros Menonitas del continente en Bélgica, Alemania, Países Bajos, Suiza, Reino Unido y ahora España —con CTK. La reunión se interesó especialmente en la obra social y misionera de las iglesias de Barcelona y Burgos y en el programa de CTK, conocer cuya existencia les dio mucho ánimo.

Se mencionó reiteradamente el próximo Congreso Mundial Menonita, de 2015 en Pensilvania y la celebración del 500 aniversario del Movimiento Anabautista aquí en Europa, en 2025.

El resto del tiempo se dedicó a compartir impresiones sobre cómo apoyar el Documento Kairós, de los cristianos palestinos, que desde 2009 vienen promocionando su propuesta de crear un único Estado, aconfesional y multiétnico, derribando las barreras de enemistad y racismo que han dividido su tierra. En realidad los cristianos, que al principio eran mayoría, han quedado en una minoría casi irrelevante hoy (por la emigración, a la par que inmigración judía y explosión demográfica musulmana). Sin embargo, encontrándose en esa posición particularísima entre las dos facciones, la israelí y la islámica, cuyas posiciones se polarizan cada vez más, hallan que su capacidad de dialogar con unos y con otros puede ser divinamente providencial.

Se habló también algo sobre los problemas que presenta cierto tipo de fundamentalismo evangélico proveniente de EEUU. Además de ningunear sistemáticamente a los cristianos palestinos, apoyan entusiastamente el sistema de *apartheid* israelí y esa enemistad irrenunciable con todo lo que representa el Islam, pero desde premisas encubiertas inquietantemente antisemitas en el fondo.

Conferencia de misiones

Barcelona, 18 diciembre — El pastor Antonio Montes nos informa que el Movimiento Amor Viviente celebrará su Conferencia Internacional de Misiones los días 1-7 de mayo.

Regresan a Barcelona en esta ocasión, donde ya se había celebrado en mayo de 2010, con mucha afluencia internacional —especialmente de Honduras— además de la de las iglesias Amor Viviente en España.

EME este año 2014

Burgos, diciembre — Cada dos años nuestras comunidades anabautistas, menonitas y HEC celebramos nuestra gran asamblea, a mitad de camino entre retiro y congreso. Allí nos hemos ido conociendo, adoramos juntos al Señor, recibimos juntos palabras de enseñanza y orientación y exhortación para la vida cristiana. Y en general, nos lo pasamos bien con días gratos de convivencia fraternal.

Los EME (Encuentro Menonita Español) se celebran siempre en el otoño, pero se rumorea que este año será en mayo, así que: ¡Al loro! —que seguramente no tardará en anunciarse la fecha.

Rotando en cada ocasión para que a todas nuestras iglesias les toque hacer de anfitriona en alguna ocasión, en esta oportunidad le ha tocado a Burgos.

A pesar de su fama de clima frío, Burgos es una bella ciudad turística, rica en ofertas museísticas, su catedral una de las más señaladas joyas del gótico español. Es también muy especialmente conocida la gastronomía burgalesa, que es mucho más que la morcilla y el queso fresco. La provincia ofrece una geografía singularmente variada, con parajes de belleza incomparable. Pensamos que además de la motivación espiritual y de convivencia fraternal, nuestros hermanos y hermanas de otras ciudades querrán visitarnos por el placer de conocer nuestra iglesia evangélica... y nuestra ciudad y provincia.

Atención, entonces, a futuros anuncios de fecha, tarifas de alojamiento, programa, etc.

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

superstición — Credulidad exagerada; la atribución de una conexión de causa y efecto entre dos eventos o cosas que suceden, donde no existe realmente tal conexión en un sentido material y constatable.

En el vocabulario de los romanos, la superstición era un exceso, una desmesura en la atribución de lo que nos pasa en la vida, a la intervención de los dioses. Una cosa era la religión: una forma ordenada y ritualizada de relacionarse con los dioses; otra cosa era la superstición: el imaginar que los dioses y demonios intervenían caprichosa y habitualmente en el orden natural de las cosas.

La superstición (como contrario del sentimiento religioso justo, o como exceso de credulidad respecto a la actividad sobrenatural) depende bastante de quién sea el que opina. Los romanos, por ejemplo, consideraban que los cristianos eran supersticiosos, porque atribuían a la actividad de un tipo que ellos habían crucificado y dejado bien muerto, toda clase de intervención en sus vidas: curaciones, protección, prosperidad, etc. Mientras que los cristianos considerarían, seguramente, que eran los paganos los supersticiosos, por adorar lo que no eran dioses de verdad sino fábulas estúpidas.

Hoy día los ateos consideran que no existe distinción entre la religión y la superstición, sino que es todo ello igualmente fabulación y credulidad sin ningún fundamento en la realidad. Para ellos, ese *exceso* de credulidad sería cualquier tipo de fe religiosa.

El cerebro humano es un instrumento maravillosamente evolucionado para hallar conexiones. Ya desde niños nos entretiene unir los puntos numerados en una hoja de papel con el trazo de un lápiz. Es rara la vez que el resultado sorprenda. Ya nuestra imaginación había visto la conexión entre esos puntos sueltos dispuestos en la lámina y sabíamos qué era lo que dibujaban.

Esta capacidad de inferir conexiones es muy útil. En las relaciones

interpersonales, por ejemplo, podemos adivinar que si tratamos a la gente de determinadas maneras, reaccionarán de formas previsibles. Y la ventaja de saber esto de antemano, por nuestra capacidad de hilar la relación de causa y efecto en las relaciones, es enorme para el ser humano.

Luego también nuestro cerebro al juntar una cosa con otra y organizarlas, lo hace con una narrativa, con una historia continua que procede ordenada y lógicamente. Si vemos un banco en una plaza, imaginamos con cierta facilidad la narrativa de su fabricación en un taller y de su colocación en la plaza por obreros municipales.

Pero no siempre acertamos ni en la conexión de una cosa con otra, ni en la narrativa que nos inventamos para explicarnos el porqué de las cosas. En la antigüedad la gente veía salir y ponerse el sol y les podía parecer verosímil contar historias sobre su muerte y resurrección cada 24 horas. Seguimos haciendo esto hoy. No saber algo es muy poco inconveniente: somos perfectamente capaces de imaginar explicaciones razonables, narraciones de causa y efecto que nos lo expliquen satisfactoriamente. Explicaciones en todo caso falsas; tan falsas como las «leyendas urbanas» que circulan en nuestra sociedad. Tan falsas como esos emails tan molestos que nuestros amigos nos reenvían sin comprobar si lo que ponen es cierto.

Observo que entre los cristianos — como entre la gente en general — hay diferentes niveles de fe y de credulidad. Observo que la fe acrisolada de unos, a otros les parece poco menos que incredulidad rebelde contra Dios y su Palabra. Mientras que a aquellos, la fe sincera de éstos les parece pura superstición y credulidad descerebrada.

Yo —¡Ay de mí!— confieso igual impaciencia con la credulidad supersticiosa de quienes se creen gigantes espirituales por tragarse cualquier disparate —cuanto más disparatado mejor— que con ateos incapaces de ver nunca la mano de Dios. No son

fáciles de convencer, ni los unos ni los otros. Pero no pienso que creer en el Dios y Padre de Jesucristo y adorarlo, me obligue a inventarme toda suerte de conexiones donde no las hay.

Realmente no sé si es posible distinguir entre la fe y la credulidad supersticiosa. Yo me imagino ser un hombre de fe, aunque no supersticioso. Pero en ese equilibrio personal de que presumo, unos seguramente opinarán que soy un descreído con poca fe, mientras que otros, al contrario, seguramente piensan que soy perdidamente supersticioso por el mero hecho de creer en Dios. Y por atribuir a la guía del Espíritu Santo las decisiones más importantes de mi vida.

Quizá este tema se nos tenga que quedar así, entonces: En un respeto de las creencias sinceras de cada individuo, por una parte. Y en la admisión, con cierto sano sentido de humor, que lo que cada uno creemos, otros inevitablemente tacharán de superstición.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org